

CONFERENCIA EPISCOPAL DE COLOMBIA

MENSAJE DE LA PRESIDENCIA DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL DE COLOMBIA CON OCASIÓN DE LA CUARESMA DE 2003

1. VIVIMOS TIEMPOS DIFÍCILES

Los tiempos que vivimos son tiempos difíciles. Esta es una realidad que no podemos ignorar, pero tampoco podemos renunciar a la posibilidad de un cambio. Y este es justamente el mensaje de la Cuaresma: “Conviértanse”, “Déjense reconciliar con Dios” (II Cor. 5,20).

En lugar de sucumbir a las tentaciones del pesimismo, el miedo, la angustia o la desesperanza, hagamos un alto en el camino y recordemos las palabras del Señor: “En el mundo encontrarán dificultades y tendrán que sufrir; pero **tengan ánimo**: Yo he vencido al mundo” (Jn. 16,33). “Comprendan en qué tiempo estamos y que **ya es hora de despertar**” (Rom. 13,11).

La liturgia de este tiempo de Cuaresma, nos invita a ponernos de frente a Dios y vivir nuestro encuentro con el Señor y con nuestros hermanos.

Cuando sentimos que el mundo se derrumba, cuando se cierra sobre nosotros el horizonte de la paz, cuando nos sentimos golpeados por la inseguridad, la pobreza y el conflicto armado, es cuando mejor podemos contemplar a Dios y descubrir que sus designios son designios de amor y de paz.

2. UNA MIRADA DESDE LA FE

La Iglesia, Madre y Maestra, tiene como parte de su misión, escrutar permanentemente los signos de los tiempos e iluminar desde el evangelio el camino de los creyentes. Así se entiende que “los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, sean a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón” (GS.1).

Fieles por tanto a esta misión y al compromiso de encarnación y de servicio, señalamos algunos de los hechos que hoy preocupan a la Iglesia y a sus Pastores.

3. LA MORALIDAD PÚBLICA

Sigue siendo válida la afirmación de que Colombia es un país moralmente enfermo. El atropello permanente a la vida expresado en asesinatos y secuestros, en el terrorismo y la violencia; las propuestas legislativas que violan el derecho a la vida humana; la pretensión de legalizar el aborto y reconocer las uniones de parejas del mismo sexo; el narcotráfico, la deshonestidad en el manejo y administración del erario público, son hechos que manifiestan el deterioro moral y la pérdida de valores humanos indispensables para la subsistencia de la sociedad.

Y porque el orden y la paz no pueden construirse sobre bases de impunidad, permisivismo y despreocupación, es urgente que todos colaboremos en la denuncia y rechazo de todas las formas de inmoralidad y deshonestidad, tanto a nivel público como privado.

4. LA CONSTRUCCIÓN DE LA PAZ

La Iglesia clama por la paz. Siempre lo ha hecho; porque la paz es un “derecho y un deber de obligatorio cumplimiento” (Constitución Política, artículo 22), porque la paz es posible, porque la paz es un Don de Dios confiado a los hombres y porque depende en consecuencia de todos nosotros.

De ahí nuestra insistencia en la reconciliación y el perdón, en el encuentro y el Diálogo. La construcción de la paz, como lo afirma el Papa Juan Pablo II en el mensaje para la Jornada Mundial por la Paz de este año, se fundamenta en la verdad, la justicia, el amor y la libertad.

La verdad será fundamento de la paz cuando cada persona tome conciencia, más que de los propios derechos, de los propios deberes con los otros. La Justicia edificará la paz cuando cada colombiano respete concretamente los derechos ajenos y se esfuerce por cumplir plenamente los mismos deberes con los demás. El amor será fermento de paz cuando los colombianos sintamos las necesidades de los otros como propias y compartamos con ellos lo que poseemos, empezando por los valores del espíritu. Finalmente, la libertad alimentará la paz y la hará fructificar cuando, en la elección de los medios para alcanzarla, nos guiemos por la razón y asumamos con valentía la responsabilidad de nuestras propias acciones.

5. LA CONSTRUCCIÓN DE LO PÚBLICO

Los católicos, al igual que todos los ciudadanos, estamos llamados a poner el Bien Común por encima de los intereses personales y de partido. En consecuencia, tenemos derecho a la legítima libertad de elegir entre las opiniones políticas, aquellas que según el propio criterio se conformen mejor a las exigencias del Bien Común.

La libertad política no está ni puede estar basada en la idea relativista, según la cual, todas las concepciones sobre el bien del hombre, son igualmente verdaderas y tienen el mismo valor. La actividad política debe buscar la realización del verdadero bien humano y social en el contexto histórico, geográfico, económico, tecnológico y cultural de cada época.

No es tarea nuestra -como Pastores- formular soluciones concretas y menos todavía soluciones únicas para cuestiones temporales que Dios ha dejado al juicio libre y responsable de cada uno. Sin embargo, la Iglesia tiene el derecho y el deber de pronunciar juicios morales sobre realidades temporales cuando lo exija la fe o la moral (GS. 75-76).

Los católicos estamos llamados a ejercer los deberes cívicos y políticos con responsabilidad, pues nadie puede ser indiferente ante la grave situación que vivimos y ante el futuro del país.

Preguntémonos, entonces, con sinceridad: ¿qué es lo que más le conviene a Colombia?: ¿qué cosas apuntan a consolidar la paz y la convivencia?; ¿cómo acabar con la corrupción y los vicios políticos?; ¿cómo lograr una justa distribución de la riqueza, cómo promover los derechos humanos y respetar la vida como don de Dios?.

6. CULTURA DE LA SOLIDARIDAD

En su mensaje para la Cuaresma de este año, el Santo Padre vuelve sobre la idea de la solidaridad al recordarnos que “hay mayor felicidad en dar que en recibir” (Hechos, 20,35).

Nuestra época es particularmente sensible a la tentación del egoísmo y la comodidad. Por eso, “la explotación del hombre, la indiferencia por el sufrimiento ajeno, la violación de las normas morales, son sólo algunos de los frutos del ansia de lucro y de dinero”.

Frente al espectáculo de la pobreza que afecta a gran parte de la población, cómo no reconocer que la búsqueda de ganancias a toda costa y la falta de una activa y responsable atención al bien común, llevan a concentrar en manos de unos pocos gran cantidad de recursos, mientras que el resto de la humanidad sufre la miseria y el abandono?

La Conferencia Episcopal de Colombia exhorta a todos los católicos, hombres y mujeres de buena voluntad a compartir con alegría, incluso desde su pobreza, con los hermanos pobres, con las víctimas de la violencia y el terrorismo, con los desplazados, con los excluidos y marginados. Este es el sentido y el alcance de la Campaña de Comunicación Cristiana de Bienes, que este año hacemos con el lema que nos recuerda el Santo Padre: **“Hay más alegría en dar que en recibir”**.

7. CRISTO ES NUESTRA ESPERANZA.

La Cuaresma es el tiempo que nos prepara para celebrar la fiesta de la Pascua. Jesús suscita en nosotros, por medio de su espíritu, la esperanza que no defrauda, es decir: la esperanza de poder vencer las dificultades.

Así, los sentimientos de frustración y de tristeza que hoy invaden a Colombia a causa de los graves problemas que pesan sobre ella, tendrán un sólido contrapeso en la firme esperanza que nos viene de la Resurrección.

El Pueblo de Dios no pudo entrar en la tierra prometida, sino después de haber peregrinado a través del desierto: allí se purificó y comprendió el precio de la libertad.

Nosotros hemos hecho también la experiencia del desierto en los muchos y largos años en que hemos estado privados de saborear la dulzura de la paz.

Caminemos con fe y esperanza, dando signos concretos de conversión y acerquémonos a Dios, “rico en misericordia” (Ef. 2,4).

Bogotá, D.C., 12 de marzo de 2003

+ Pedro Card. Rubiano Sáenz
Arzobispo de Bogotá
Presidente de la Conferencia Episcopal

+ Luis Augusto Castro Quiroga
Arzobispo de Tunja
Vicepresidente de la Conferencia Episcopal

+ Fabián Marulanda López
Obispo – Secretario General del Episcopado